

Aproximación a las principales realidades socioculturales, medioambientales y políticas africanas

Els problemes d'Àfrica neixen de la mala governabilitat i d'estratègies culturals, polítiques i medi ambientals errònies. Malgrat les aportacions estrangeres (Islam, cristianisme i religions importades), Àfrica segueix caracteritzada pel col·lectivisme i el comunitarisme, tot i que s'incorpora a la cultura mundial mitjançant llengües europees que han substituït les llengües locals sobre tot a l'ensenyament. La societat africana és heterocultural. La colonització europea marca la destrucció del medi ambient africà i l'explotació i exportació a gran escala dels recursos naturals africans. Gran part del continent està sotmès a un progressiu «infart ecològic» (destrucció de l'ecosistema i accelerada erosió de la costa). A partir dels anys vuitanta, la pobresa i el deute extern han aguditzat el fenomen en exigir una intensa explotació de la terra i les selves per poder atendre a la simple supervivència. En l'aspecte polític, el darrer procés de democratització presenta contrastos molt importants.

Los problemas de África nacen de la mala gobernabilidad y de estrategias culturales, políticas y medioambientales erróneas. A pesar de las aportaciones extranjeras (Islam, cristianismo y religiones importadas), África sigue caracterizada por el colectivismo y el comunitarismo, aunque que se incorpora a la cultura mundial mediante lenguas europeas que han substituido las lenguas locales sobre todo en la enseñanza. La sociedad africana es heterocultural. La colonización europea marca la destrucción del medioambiente africano y la explotación y exportación a gran escala de los recursos naturales africanos. Gran parte del continente está sometido a un progresivo «infarto ecológico» (destrucción del ecosistema y acelerada erosión de la costa). A partir de los años ochenta, la pobreza y la deuda externa han agudizado el fenómeno al exigir una intensa explotación de la tierra y las selvas para poder atender a la simple supervivencia. En el aspecto político, el último proceso de democratización presenta contrastes muy importantes.

Africa's problems arise from poor governability and erroneous cultural, political and environmental strategies. Despite the foreign contributions (Islam, Christianity and other imported religions), Africa continues to be characterised by collectivism and communitarianism, even though it takes part in international culture by means of European languages which have supplanted the local languages, particularly in education. African society is heterocultural. The European colonisation marks the destruction of Africa's environment and the large-scale exploitation and exportation of its natural resources. A large part of the continent is subjected to a progressive 'ecological heart attack' (destruction of the ecosystem and accelerated erosion of the coast). From the 1980's onward, poverty and foreign debt have aggravated the phenomenon by demanding intense exploitation of the land and the forests in order to ensure simple survival. In the political aspect, the democratisation process of recent years displays very substantial contrasts.

Aproximación a las principales realidades socioculturales, medioambientales y políticas africanas

Mbuyi Kabunda

Profesor del Grupo de Estudios Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid y presidente de la Junta de la Oficina Federal de Sodepaz

La imagen -bastante estereotipada y etnocentrista- que prevalece en el Norte suele definir de una manera negativa a África, presentada como un continente de catástrofes y prioridades inagotables e incapaz de encargarse de su propio destino, ocultando la otra cara del dinamismo social, cultural y espiritual interno así como la creatividad y los progresos realizados por los propios africanos, injusticia que nos encargamos de reparar dando a conocer las verdaderas realidades africanas, positivas y negativas, sin caer en el afropesimismo autocomplaciente ni en el afropesimismo cínico, sino basándonos en el afrorealismo.

La situación del continente no es de total perdición. Los problemas de África nacen de la mala gobernabilidad y de las erróneas estrategias culturales, políticas y medioambientales adoptadas y basadas en el inmediatismo, es decir, el mal desarrollo interno e internacional.

El África al que nos referiremos es el África tropical, llamada África Subsahariana o África negra, distinta del África del norte o arabereber, orientada cultural e históricamente hacia Oriente Medio y el Mediterráneo, del que recibió importantes influencias romanas y griegas. Es decir, el África habitada desde tiempos remotos por los pueblos de raza camita: los abisinios o etíopes, los nilóticos, los bantúes, los sudaneses, los hotentotes y los pigmeos, etc.

1. La cultura y la sociedad en África

Existe una viva controversia sobre la unidad o la diversidad de la cultura africana, puesto que cada pueblo africano tiene su historia, su sensibilidad y sus ideas propias sobre su existencia y la de los demás.

Sería preciso hablar de la unidad en la diversidad, es decir, la unidad de cultura y la diversidad de civilizaciones, ya que una sociedad patriarcal no tiene nada que ver con una sociedad matriarcal ni una sociedad de agricultores con las de los ganaderos, herreros o pescadores y viceversa.

La unidad, dictada por las mismas condiciones de existencia, estriba en la oralidad, la tradición, la espiritualidad, la organización social y religiosa, la vida comunitaria y las concepciones filosóficas y morales precoloniales. Es decir, un fondo cultural de origen emparentado, donde el animismo o la religión tradicio-

nal negro-africana constituye el eje esencial. Éste consiste en el culto a los antepasados y en creer en Dios y en las fuerzas de la naturaleza con las que se vive en simbiosis, con una clara distinción del mundo visible y del mundo invisible interrelacionados.

En la actualidad, la cultura africana se expresa a través del biculturalismo o de la heterocultura. En algunas partes prevalece la fusión entre la tradición y el Islam, en otras entre aquélla y la modernidad occidental o entre ésta y el Islam, y en otras también la síntesis entre los tres, resultado del encuentro histórico entre la tradición africana, el Islam y la modernidad occidental. A menudo, asistimos a una coexistencia conflictiva entre los tres.

En líneas generales, y en cuanto a su implantación en África, el cristianismo, que llegó con la colonización, se presentó en desventaja en relación con el Islam, pues adherirse a dicha religión equivalía a identificarse con la civilización del colonizador, mientras que el Islam, por respetar los ritos ancestrales, parecía más accesible. Además, por su carácter colectivista, el Islam ganó la sensibilidad de los africanos más que el cristianismo, mucho más riguroso y complejo.

De todas maneras, tanto el Islam como el cristianismo o las religiones importadas, serán negroafricanizados y naturalizados mediante un proceso que Roger Bastide califica de revitalización de los valores tradicionales y restablecimiento del equilibrio perdido¹. Por lo tanto, al cristianismo occidental se sucederán las iglesias independientes y los sincretismos (kimbanguismo, kitawalaismo, matsuanismo, ntonguismo, harrismo, etiopianismo, el bwiti, el ki-tawala, etc.²), mientras que el Islam dará lugar a un Islam negro, "más manipulado que manipulador"³. Dicho de otra manera, el hombre africano se siente africano antes que musulmán o cristiano.

Pese a las aportaciones extranjeras, la cultura africana sigue caracterizándose por el colectivismo o el comunitarismo (la noción de la familia amplia que se extiende a toda la aldea o clan), que se explica por la búsqueda permanente del equilibrio entre el individuo y el grupo que asegura al primero todas sus necesidades básicas, en particular el derecho a la alimentación, ilustrado por esta invitación swahili a la comida, dirigida a cualquier miembro del grupo: "Karibu chakula". Esta realidad explica la adopción de ideologías postcoloniales, inspiradas en la tradición africana y convertidas en instrumentos de unidad y de movilización de masas (el predominio del grupo sobre el individuo, la toma de decisiones por consenso o unanimidad, la ausencia de la acumulación privada), tales como la negritud, la personalidad africana, el socialismo africano o la autenticidad africana, etc. que, desafortunadamente, como veremos a continuación, fueron manipuladas por las élites para convertirlas en instrumentos de violación de conciencias y de confiscación del poder.

En la actualidad, la incorporación de África a la cultura mundial se realiza mediante las lenguas europeas: inglés, francés, español, portugués, que han sustituido a las lenguas locales sobre todo en la enseñanza. Dichas lenguas, monopolio de las minorías gobernantes, además de convertirse en lenguas oficiales constituyen verdaderos instrumentos de dominación cultural de las élites, ligadas al modelo cultural extranjero y desvinculadas de las masas, puesto que, hasta hoy día, es necesario ir a la escuela de los europeos, hablar su lengua y sobre todo su lenguaje para tener un puesto importante en las estructuras del colonialismo interno.

El Estado africano, producto de la colonización, se caracteriza por el multilingüismo, el multiconfesionalismo y el pluriétnicismo. El carácter centralizado de dicho Estado en contra del pluralismo sociocultural y de las identidades múltiples de la sociedad hace difícil la cohabitación entre las distintas nacionalidades o grupos.

La heterocultura de la sociedad africana, impermeable a la racionalidad y burocracia occidentales, ha dado lugar a la llamada "economía popular o informal", una síntesis o mestizaje de la tradición y de la modernidad, es decir, de las prácticas tradicionales de solidaridad y de las realidades modernas, para solucionar los problemas de la vida diaria generados por la incapacidad de un Estado moribundo y las exclusiones o agresiones de la mundialización económica y cultural. Dicho de otra manera, es la conciliación entre la pertenencia comunitaria o el comunitarismo y el igualitarismo (la solidaridad), ilustrados por la cultura del reparto, y la cultura occidental del mercado mediante las estrategias de producción y reproducción de la vida adoptadas por los excluidos del desarrollo, que actúan al margen de lo oficial, basándose en las relaciones de parentesco o amistad que prevalecen sobre las de acumulación, poniendo la economía al servicio del grupo y no al revés⁴. Es decir, la revitalización de las prácticas ancestrales adaptadas a la nueva realidad.

Nueva forma del eterno y verdadero "renacimiento africano" ante la quiebra de la economía oficial ajustada por el "fondomonetarismo" para el reembolso de la deuda externa, la economía popular, caracterizada por una sorprendente vitalidad, es la expresión de creatividad subterránea y paralela de los africanos, según subraya Olivier Zoe⁵, para resistir y sobrevivir a la exclusión y uniformización de la mundialización. África es por excelencia el continente de las relaciones sociales, un bien cada vez más escaso en otras partes del planeta.

Sin embargo, esta obsesión por el igualitarismo y el colectivismo ha dado lugar en muchas partes a fuerzas nefastas opuestas al progreso, además de disfrazar las relaciones de clientelismo y de dependencia bajo la forma de

envidia y prácticas de hechicería para aniquilar a los demás. De este modo, no se admite al individuo una autonomía excesiva con respecto al grupo o una ascensión por sus propios esfuerzos, que puede perturbar el equilibrio preestablecido entre los miembros del grupo. Ello da lugar a menudo a una autodestrucción y a la condena de los más capacitados a diluirse en la mediocridad colectiva, pues cualquier éxito o fracaso, en uno u otro aspecto de la vida, es atribuido a los fetiches (nkisi, dawa, buanga) o a una acción maléfica de un hermano, un vecino, un amigo o a cualquier otro miembro del grupo amplio no conforme con los éxitos de alguien que amenaza la solidaridad y el igualitarismo.

El africano está completamente sumergido en una mentalidad mágica o fetichista y constantemente preocupado por asegurar su existencia amenazada por las fuerzas ocultas, sobrenaturales, misteriosas y maléficas omnipresentes en la sociedad, y que no consigue dominar o domar con las técnicas o los conocimientos modernos. Por lo tanto, la muerte o el fracaso siempre tiene un responsable o un culpable: el brujo o el hechicero (mchawi, ndoki, muloji o mwena mupongo). El resultado es el desarrollo de la ceguera y el miedo a enfrentarse a la adversidad tanto por parte de los intelectuales como de las masas, es decir, el derrotismo ante el destino y la ausencia de sentido de responsabilidad personal, que vulnera la propia solidaridad. Los primeros suelen refugiarse en las sociedades secretas o los movimientos espirituales extranjeros con la esperanza de encontrar soluciones a sus problemas, que la ciencia moderna no puede resolver⁶.

En cuanto a las masas, como es de esperar, se refugian a su vez en las sectas para protegerse de los hechizos y como vía de salvación colectiva contra la crisis económica. El resultado es el rechazo de acumulación de bienes y de riquezas para no suscitar la envidia o la calumnia de los demás.

En este contexto, las aptitudes personales suelen desaparecer a favor de aquellos valores que, al fin y al cabo, mantienen el subdesarrollo y la pobreza colectivos.

Con excepción de los bamileké de Camerún, los ashanti de Ghana y los igbo de Nigeria, que consideran la movilidad social individual como el motor de la promoción económica colectiva, los demás pueblos africanos fundamentan las relaciones sociales en el principio igualitario (y no de sexo y de edad) y la dependencia del individuo con respecto al grupo. Esta concepción asfixia la iniciativa y la promoción individuales, pues el individuo no puede aspirar a las riquezas individuales ya que se consideran contrarias a la armonía y la unidad del grupo. Las prestaciones individuales que se salen de lo normal no son objeto de apoyo o reconocimiento, sino combatidas y presentadas como

un contra modelo social⁷. La fuerte cohesión social, basada en las relaciones de parentesco y en la familia, se opone naturalmente a cualquier innovación, considerada perturbadora del orden.

Esta preferencia por el grupo -en detrimento de un individuo sometido a un conjunto de derechos y deberes- como sistema de integración social, dará lugar al fenómeno del etnicismo en una sociedad moderna caracterizada por la ausencia de estructuras sólidas de solidaridad. Y, en el caso de que existan, estas estructuras son superficiales ya que se fundamentan en la diversidad de intereses dictada por las propias leyes del mercado basadas en la competitividad, contraria a la dependencia y la complementariedad de la organización social y cultural africana.

El etnicismo, como solidaridad primaria, puede tomar dos formas: una pacífica, que consiste en la afirmación de los valores culturales de grupo con la consiguiente defensa y promoción de los intereses de sus miembros mediante la ayuda mutua y el deber de reciprocidad, es decir, el nepotismo; y otra negativa, manipulada por los dirigentes con fines políticos y económicos para conseguir el estatuto de "big man", que es fundamentalmente excluyente, integrista y agresiva. Desemboca a menudo en un colonialismo interno y en conflictos interétnicos debido a la manipulación, por parte de los dirigentes, de los bajos instintos de sus integrantes, sobre todo en períodos de crisis económica.

La cultura del africano actual, sobre todo el de las ciudades, es la de desconcierto o crisis por las contradicciones nacidas del apego a la solidaridad tradicional -que le proporciona identidad y le asegura un cierto equilibrio de individuo socializado- y la tendencia a liberarse de la sociedad que le convierte en víctima o presa fácil de los demás al proceder muchos de los peligros de ella, optando claramente por su plena realización como un individuo aislado a la manera de la concepción occidental, que también forma parte de su bagaje cultural. A menudo se apoya en uno u otro, según le conviene. Ello le convierte en un ser imprevisible, que reivindica relaciones de parentesco de las que puede sacar beneficios directos y rechaza las que no le interesan o que le imponen las obligaciones sociales, sin una clara línea de demarcación entre ambas, pues varía según las circunstancias como queda subrayado.

2. Los problemas medioambientales en África: el infarto ecológico

La destrucción del medio ambiente en África, ilustrado por la extensión de los desiertos y la reducción de las selvas ecuatoriales y tropicales, se inició ya en el momento de la colonización europea con la explotación y exportación a gran escala de los recursos naturales africanos (marfil, productos minerales y

agrícolas), considerados como bienes puestos por Dios al servicio de los hombres y que deberían ser explotados por las necesidades de los seres humanos.

Una de las lacras de África es el problema de la sequía, que en las últimas décadas ha afectado amplias regiones del continente con la consiguiente generalización de la hambruna, ya que afecta más a las zonas de alta densidad demográfica. Entre 1970 y 1990 la producción alimentaria por habitante se ha deteriorado a imagen de la propia economía africana. El número de desnutridos se ha duplicado durante las tres últimas décadas: 94 millones en 1970, 175 millones en 1990, proporción que se ha mantenido e incluso ha aumentado en la actualidad. Esta situación es el resultado de las irregularidades climáticas, la deforestación, la desertificación y las guerras civiles.

La larga ausencia de lluvias en ciertas zonas del continente ha tenido como consecuencia la escasez de agua, la desaparición de especies vegetales y de plantas, y la consiguiente extensión de zonas desérticas en las que el hombre tiene una parte importante de responsabilidad con la deforestación para conseguir la leña o el carbono vegetal, la construcción de muebles o de nuevas plantaciones dictadas por la presión demográfica hasta la alimentación para el ganado. Es decir, la deforestación se explica fundamentalmente por la pobreza. Los africanos destruyen su medio ambiente porque tienen hambre, y tienen hambre porque son pobres.

El suelo africano es generalmente pobre, salvo en los ríos de los valles y en las zonas volcánicas, como en África Oriental. Los árboles impiden la erosión del suelo y favorecen la humedad. La deforestación que se lleva a cabo para cubrir las necesidades de supervivencia -en particular el uso de la leña como combustible por parte de las familias, tanto de las aldeas como de las ciudades- lleva a un proceso irreversible de deterioro del suelo debido a la evaporación del agua y su escasa infiltración en el suelo⁸. Es preciso subrayar que esta destrucción de las selvas tropicales húmedas por las necesidades locales es insignificante, pues representa menos de un 1 por ciento al año⁹, mientras que la fuerte demanda de madera de los países del Norte, en particular de Estados Unidos, Europa y Japón, constituye un peligro real de destrucción total de aquellas selvas. Lo único que se puede recriminar a los africanos es la desaparición de algunas especies animales -tales como el elefante, el rinoceronte o el gorila- por la caza furtiva o por la eliminación de aquellos animales que destruyen sus hogares, fincas o plantaciones, o el uso del fuego para eliminar las serpientes venenosas, que les impiden cultivar sus tierras. Ello aumenta la población de los roedores, con la subsiguiente destrucción de sus graneros y reservas de alimentos¹⁰.

En definitiva, la deforestación en África nace de una serie de factores y prácticas, entre ellos los siguientes: la necesidad de leña para el uso doméstico o para secar el tabaco o el té, la exportación de madera, la producción agrícola, la creciente urbanización, el incendio del monte y, últimamente, la calefacción de los hogares de los centros urbanos¹¹, es decir, las consecuencias de la introducción brutal del modo de vida occidental y de modelos de desarrollo basados en la industrialización a la europea, o sea la modernización equiparada con los signos externos del desarrollo occidental.

Las zonas costeras o los litorales africanos, tanto del Atlántico como del Índico, son sometidos a un progresivo infarto ecológico (destrucción del ecosistema y acelerada erosión de la costa) y la consiguiente destrucción de la biodiversidad marítima y la reserva de especies animales y vegetales de la costa, tal y como destaca el estudio de Chidi Ibe¹². Dicha destrucción es el resultado de la explotación petrolera y la construcción de refinerías en el Golfo de Guinea, la fuerte concentración humana en las ciudades de la costa (la mayoría de las capitales africanas están en la costa y engloban a la tercera parte de la población), la construcción de industrias mineras, turísticas (playas) o de sal, la mecanización de la agricultura o de los cultivos de exportación (revolución verde) y de la pesca industrial, los puertos, la sobreexplotación ilegal de las especies marítimas por la flota de pesca de los países industrializados, la polución de dichas zonas por el tratamiento o el transporte de petróleo o gas.

No cabe la menor duda de que la excesiva urbanización y la ciega industrialización de los países africanos son ampliamente responsables del deterioro del medio ambiente, junto con la explotación abusiva de los recursos naturales por parte de las multinacionales -que se han apoderado de grandes superficies de tierras fértiles para los cultivos destinados a los países desarrollados y utilizan fertilizantes químicos y pesticidas- y las políticas de ajuste estructural que, al preconizar el fomento de las exportaciones y la incorporación en el mercado internacional, presionan a los gobiernos africanos a destruir un capital verde insustituible para reembolsar la deuda externa (que en la mayoría de los casos supera el PNB del país, es decir, el conjunto de bienes y servicios producidos en un año por los agentes económicos de un país, como se puede comprobar en el cuadro siguiente que se refiere a los países africanos con más de 4 mil millones de dólares de deuda externa) y obtener nuevas divisas¹³. El resultado es la degradación del medio ambiente africano, con la creciente reducción de la cantidad de leña, agua y tierras disponibles.

País	Total deuda externa (en millones de \$)	Como % de la deuda Áfricana	Como % del PNB real	Ratio del servicio de la deuda
Argelia	27,094	9,0	43,7	72,9
Angola	10,085	3,4	145,2	7,4
Camerún	7,080	2,4	110,7	213
Congo-Brazza	5,288	1,8	248,5	18,1
Costa de Marfil	20,156	6,7	295,9	7,8
Egipto	43,883	14,6	103,1	91,3
Etiopía	4,977	1,7	59,7	33,7
Gabón	4,150	1,4	103,9	7,6
Ghana	4,817	1,6	70,9	12,6
Kenia	7,369	2,5	86,7	26,9
Madagascar	4,792	1,6	147,2	24,8
Marruecos	22,092	7,4	123,5	59,9
Mozambique	5,585	1,9	96,8	53,7
Nigeria	33,436	11,2	28,5	20,5
Sudán	16,847	5,6	170,3	6,5
Túnez	9,486	4,2	83,0	34,0
Zambia	6,992	2,3	281,0	31,2
Zimbabue	4,368	1,5	80,0	31,2
Total	250,287	83,7	49,8	23,9

Fuente: Datos del Banco africano de Desarrollo, citado por Deng L.A., *op. cit.*, p. 120.

La cultura animista africana siempre ha sido ecologista, ya que extrae de la naturaleza lo que ésta puede recuperar naturalmente y en un período de tiempo corto y utiliza métodos agrícolas sostenibles que no producen daños a la tierra, las plantas y los animales, que se consideran como fuerzas de la naturaleza con las que se vive en simbiosis. Dicho de otra manera, la agricultura tradicional es ecológicamente sostenible, con las prácticas adaptadas a las condiciones naturales del clima y del suelo africanos. Es lo que Fairhead y Leach¹⁴ llaman las prácticas y los conocimientos "socio-ecológicos", culturales e históricos, que permiten una gestión a largo plazo del medio ambiente y de los recursos naturales, al fundamentarse la filosofía de la vida del africano en la fecundidad de los hombres, los animales y las plantas.

El deterioro del medio ambiente en África es producto de la explotación de los recursos naturales africanos, ayer por la colonización que incorporó el continente a la división internacional del trabajo -es decir, lo convirtió en un granero de materias primas explotadas con tecnologías y métodos europeos

devastadores- y hoy por las multinacionales asiáticas y por los propios dirigentes postcoloniales, formados a imagen de los colonizadores y obsesionados por el productivismo que les conduce a explotar a los campesinos y a expropiarles sus tierras.

A ello hay que añadir la crisis de la deuda y el ajuste estructural de la década de los 80, que crearon una interacción entre la pobreza y el deterioro del medio ambiente, pues al crecer la pobreza y la deuda externa, tanto los pobres como sus países no tuvieron otra alternativa que explotar intensamente las tierras y las selvas para sobrevivir, fomentar las exportaciones para conseguir las divisas destinadas al pago de los intereses o el servicio de la deuda o a la compra de armas. Pruebas de ello es que los 15 países más endeudados del Sur triplicaron en el mismo período la tasa de explotación de sus selvas por aquellas necesidades¹⁵. No es una casualidad que cinco de ellos representan el 60% de lo que quedan de las selvas tropicales en el mundo (Brasil, Indonesia, la República Democrática del Congo -RDC-, Perú y Colombia)¹⁶. Durante este período, o la de la década de los 80, la selva africana se deterioró en un 8%.

Lo anteriormente dicho no excluye la responsabilidad de los propios campesinos africanos por el repetido fuego de maleza (quemar rastrojos o rozas) para desbrozar el terreno, la leña para conseguir el carbono vegetal y el pasto del ganado cada vez más numeroso, junto a la sequía que conduce al hombre a deforestar más para sobrevivir¹⁷.

En definitiva, el mal desarrollo es responsable de la amenaza de deterioro en un 80 a 85% de los suelos del continente y de la deforestación a un ritmo de 4 millones de hectáreas al año¹⁸, con la consiguiente ola de millones de emigrantes ecológicos que abandonan hogares y tierras empobrecidas a la búsqueda del agua y alimentos en las ciudades, otras regiones del continente o del mundo, donde su presencia suscita brotes racistas, étnicos, sociales, políticos o económicos. El drama es que 7 de cada 10 africanos viven de la tierra y de los recursos naturales, cada vez más escasos. Con la extensión de los desiertos de Sáhara, Libia, Nubia y Kalahari, según la voz de alarma de Ahmadou Kourouma, "la sabana se está convirtiendo en desierto y la selva en sabana", en particular en la región sahelosudanesa (África Occidental), la región más poblada del mundo, donde la selva ecuatorial está desapareciendo a un ritmo vertiginoso, como consecuencia de la deforestación local, el aumento de las emisiones anuales de dióxido de carbono (CO₂) y el efecto invernadero producido por los países industrializados. Prueba de ello es que Costa de Marfil sólo tiene 2 millones de hectáreas de selvas de los 15 millones que tenía en 1950, mientras que Benin ya ha prácticamente perdido la totalidad de sus selvas tropicales.

3. La situación socio-política de África

Al margen de la situación económica en la que los países africanos han conocido una ligera mejora (en relación con la década perdida de los 80 en la que registraron resultados negativos, estos países experimentaron el aumento del PIB en un promedio del 1,8% al año entre 1991 y 1998¹⁹), la situación política de los países africanos, tras las dictaduras militares y civiles de las tres primeras décadas de las independencias, ha conocido después de la guerra fría distintas velocidades tanto en los aspectos de democratización como en los derechos humanos y en la estabilidad política. Unos países se han estancado e incluso han retrocedido, mientras que otros han hecho un salto importante cualitativo en dichos aspectos.

Iniciado a finales de la década de los 80 y comienzos de los 90, el proceso de democratización presenta importantes contrastes. En unos países (Ruanda, Burundi, Angola, la RDC) asistimos a un retorno al autoritarismo con la confiscación del poder por un grupo; en otros, a la recuperación del poder a través de las urnas por parte de los antiguos dictadores (Benin, Madagascar), a los golpes de Estado (Gambia, Níger, Sierra Leona, Congo-Brazzaville, Guinea-Bissau, Costa de Marfil, la RDC) y a la manipulación de las leyes electorales, sobre un trasfondo político-étnico, para excluir a los rivales potenciales (Zambia, Costa de Marfil, la RDC); en algunos también se experimenta una democracia original controlada por una etnia dominante (Botsuana) o basada en el multipartidismo étnico (Etiopía) o bien se impone una progresiva democratización sin partidos políticos mediante un "capitalismo autoritario" (Uganda, con seguidores en Ruanda, la RDC y Etiopía), hasta la alternancia en el poder tras unas contiendas electorales multipartidistas y transparentes (Malí, Suráfrica, Mauricio, Malauí, Nigeria, Senegal, Ghana) que ponen de manifiesto el inicio de una cultura democrática basada no en consideraciones étnicas, sino en programas de gobierno.

La situación actual es la de una bipolarización entre las democracias emergentes y la persistencia de los autoritarismos²⁰. Los resultados generalmente decepcionantes de dicho proceso se explican, según Achille Mbembe, por la informalización de la economía y el Estado y su consiguiente criminalización -es decir, un Estado que ha perdido sus capacidades administrativas e institucionales y sus funciones económicas y sociales (collapsed state)-, las luchas por la conquista o la confiscación del poder al margen de las vías legales o constitucionales y la ausencia de un previo marco teórico de reflexión para definir el tipo de sociedad y de democracia proyectado²¹. La

tendencia general es la instauración de “democraturas” -es decir, de democracias formales y de dictaduras disfrazadas, parafraseando al profesor Max Liniger-Goumaz- o de “neodictaduras” y “democracias tropicalizadas”, viciadas y vaciadas de contenido pues se realizan en muchos casos en la ausencia de alternativas, de participación popular, de libre consentimiento de los gobernados y de la coexistencia en la diversidad. Dicho con otras palabras, se adoptan los adornos de la democracia y del multipartidismo con la sustitución del partido único de derecho por el partido único de hecho o el partido dominante, pero en el fondo siguen las prácticas clientelistas.

En lo referente a las guerras, constituyen otra plaga del continente africano con un balance de aproximadamente 8 millones de muertos, entre 1960 y 2000, o el equivalente a un holocausto. De los 27 conflictos activos en el mundo, 17 tienen lugar en África, según el Informe de Kofi Annan, con un balance de 20 millones de refugiados y desplazados internos. En la actualidad, estas cifras no cesan de dispararse de una manera alarmante.

En África se ha instalado una verdadera “cultura de la muerte”, pues según la triste comprobación de Sylvie Brunel, “ningún país vive realmente en paz”²². Ello viene ilustrado por la proliferación de guerras de secesión o de liberación contra el colonialismo interno de un grupo social, racial, étnico o confesional para conseguir el derecho a la autodeterminación o para apoderarse de los recursos naturales del suelo y del subsuelo. Las contiendas tienen sus escenarios en países como Sudán, Somalia, Angola, Sierra Leona, Uganda, Senegal, Namibia, Ruanda, Burundi, la RDC, el Congo-Brazzaville, Chad, Guinea-Conakry y hasta hace poco Etiopía y Eritrea; o sea, el 20% de la población del continente vive en una situación de conflicto en la que están implicados aproximadamente 120.000 niños soldados.

A las guerras con trasfondo ideológico y étnico de la época de la guerra fría se suceden en la actualidad nuevas formas de conflictos irracionales y sin ideología, que oponen a las fuerzas gubernamentales y los señores de la guerra (*warlords*), que se disputan el monopolio del ejercicio de la violencia y los crímenes sobre la población civil desarmada, y cuyo objetivo es controlar amplias zonas para dotarse de legitimidad política y tener acceso a las riquezas naturales (diamantes, oro y petróleo), con la complicidad de las multinacionales, los miembros de los gobiernos de los países vecinos y los mercaderes de armas (los “comerciantes de la muerte”), para acceder al poder o financiar la guerra. Los casos actuales de Sierra Leona, Angola, la RDC y el Congo-Brazzaville son ilustrativos y ponen de manifiesto esta extraña paradoja: las materias primas, en lugar de servir para la mejora de las condiciones de vida de los africanos, se han convertido en instrumento de la profundización de sus sufrimien-

tos y su muerte. Razón que ha conducido a algunos analistas a tachar los diamantes africanos de "piedras ensangrentadas".

A las intervenciones tradicionales de las grandes potencias francesas, belgas o norteamericanas -sobre todo durante la guerra fría- se han sucedido otras nuevas esencialmente de conquista, encabezadas por las potencias regionales que intervienen en otros países de la zona para conseguir territorios y tener acceso a sus recursos naturales, como en las intervenciones de Nigeria en Liberia y Sierra Leona, bajo la bandera del Ecomog (Grupo de Seguimiento del Alto el Fuego de la CEDEAO o la fuerza de interposición de África Occidental), o de los países de los Grandes Lagos y del África Austral en la RDC.

En definitiva, todos estos conflictos tienen sus raíces en la pobreza, la difícil conciliación entre el Estado y la nación o la falta de legitimidad histórica y sociológica del Estado²³, el mal comportamiento de los dirigentes africanos -que, además de no preocuparse por el bienestar de sus conciudadanos, suelen utilizar la violencia para resolver los conflictos con prácticas etnonacionalistas y etnofascistas y, generalmente, son incapaces de acomodarse al pluralismo de la sociedad africana- y la exportación de armas hacia el continente. El resultado de estas guerras es la destrucción definitiva de los modos de vida tradicionales y la economía que causan los daños físicos, la descomposición de los Estados y la profundización de la miseria de la población, en la que han dejado imborrables traumas psicológicos.

En cuanto a los derechos humanos, pese a la existencia de la Carta Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos (1981), de las disposiciones constitucionales a favor de los derechos y libertades fundamentales de los ciudadanos y de la creación en muchos países de las ligas nacionales de derechos humanos, la situación no ha mejorado mucho; al contrario, ha empeorado²⁴: desde las detenciones arbitrarias o las ejecuciones extrajudiciales de los opositores, los periodistas, los estudiantes pasando por las violencias sexuales a manos de las tropas rebeldes y de los soldados del gobierno y la utilización de las mujeres jóvenes como cocineras o esclavas sexuales, hasta el fomento de las limpiezas étnicas o los conflictos interétnicos por los poderes establecidos para perpetuarse. Se ha instaurado en todas partes la cultura de la impunidad-inmunidad o de la impunidad-reconciliación²⁵, fomentada por el propio aparato del Estado y que explica, por citar sólo los casos más flagrantes, los asesinatos impunes del capitán Thomas Sankara y del periodista Norbert Zongo en Burkina Faso, del general Ibrahim Mainassara Bare en Níger, del general Ansumane Mané en Guinea-Bissau, o la desaparición de los refugiados hutus en el este del Congo-Zaire (RDC) o de los militares golpistas que atentaron contra la residencia del general Guei en Costa de Marfil, por no citar la impu-

nidad de graves violaciones de derechos humanos cometidas por los regímenes anteriores, las tropas rebeldes o los miembros de los gobiernos establecidos en Etiopía, Nigeria, Liberia, Sierra Leona, Malawi, Kenia y Zimbabwe. Todas estas fechorías ponen de manifiesto que estamos todavía lejos de una verdadera cultura democrática y de los derechos humanos.

Siguiendo en el mismo sentido y resumiendo la situación política prevalente en el continente, la comisión de justicia y paz del obispado galo, en su carta dirigida al presidente Jacques Chirac en la víspera de la cumbre franco-africana de Yaundé²⁶, denuncia la complicidad del gobierno galo con los gobiernos que practican el fraude electoral, la confiscación de los recursos a favor de grupos o regiones específicos, el encarcelamiento e incluso la eliminación física de opositores o periodistas.

Conclusión

El "renacimiento africano" y su lema "soluciones africanas para los problemas africanos" -cantado hace escasos años por los intelectuales africanos como manifestación de la recuperación económica, democrática y cultural del continente, fortalecida por el fin del apartheid y la emergencia de un nuevo orden político animado por una nueva clase de dirigentes africanos supuestamente menos corruptos y menos dictatoriales que sus predecesores porque sus modos de gobierno privilegiaban los intereses de sus pueblos y la participación popular (en Uganda, Etiopía, Eritrea, Ruanda, la RDC)- ha revelado ser una engañifa. Ello viene ilustrado por la situación de África en este inicio del siglo XXI en los aspectos analizados: retroceso económico a finales de la década de los 90 por la caída del precio de materias primas en los mercados internacionales; agudización del imparable infarto medioambiental; violación a gran escala de los derechos humanos; estancamiento del proceso de democratización con las elecciones fraudulentas y la utilización de métodos poco ortodoxos para excluir de las contiendas electorales a los rivales potenciales a causa de su confesión, etnia o convicciones políticas; y retorno del golpismo y proliferación de las guerras de destrucción y autodestrucción entre los nuevos líderes, propensos al autoritarismo.

La devaluación de los procedimientos, instituciones y conocimientos tradicionales africanos, basados en el "homocentrismo" y el consenso y respetuosos con pluralismo, explica los resultados decepcionantes cosechados en estos aspectos. El abandono de las prácticas tradicionales de conservación y salvaguardia de la integridad del ecosistema local del que depende la población, a favor de la extracción de excedentes dictada por la acumulación de personas y la demanda externa, ha perjudicado el ecosistema africano y con-

vertido la tierra y el agua, dos materias primas básicas, en bienes escasos. La solución pasa, pues, por la recuperación del saber ecológico de las poblaciones indígenas y de los campesinos²⁷. El descuido de la moral y de las estructuras sociales tradicionales es responsable de la proliferación de los conflictos, el fracaso de la democracia, el no respeto a los derechos humanos y el mal desarrollo político y económico.

Sin embargo, para no caer en el afrocatastrofismo, se ha de reconocer que muchos africanos viven mejor que hace cuarenta años²⁸. Es decir, que en relación con el período de las independencias -pese a ser el único continente donde crece la pobreza, el hambre y el sida y se ha reducido en veinte años la esperanza de vida en muchos países africanos- hay importantes avances en la institución de Estados de Derecho, el crecimiento y la lucha contra la corrupción. Se están produciendo lentas e importantes reformas en algunos países para desmarcarse de las prácticas antidemocráticas del pasado y a favor del respeto de los derechos humanos.

¹ Bastide R., "L'homme Africain à travers sa religion traditionnelle", en *Présence Africaine* n° 40, Paris, 1° trimestre de 1962, p. 39.

² Cf. Balandier G., "Les mouvements d'innovation religieuse en Afrique noire", en *Histoire des religions du monde* (dir.: Henri-Charles Puech), Gallimard, Paris, 1999, pp. 1243-1274.

³ Jean-Louis Triaud, citado por Coquery-Vidrovitch C., *Afrique noire: Permanences et ruptures*, Payot, Paris, 1985, p. 11.

⁴ Latouche S., *L'autre Afrique. Entre don et marché*, Albin Michel, Paris, 1998, pp. 175-176.

⁵ Zoe O., "L'Afrique, un phénix", *Jeune Afrique Economie* del 4 al 17 de diciembre de 2000, p. 71.

⁶ On'okundji O. O., *Les entrailles du porc-épic. Une nouvelle éthique pour l'Afrique*, Grasset-Le Monde, Paris, 1999, pp. 196-197.

⁷ Muamba Mulumba P., "Contexte socio-culturel, et conception du travail en Afrique: le cas du Zaïre", en *Organisations économiques et cultures Africaines. De l'homo oeconomicus à l'homo situs* (dir.: Issiaka-Prosper Laléyé et al.), L'Harmattan, Paris, 1996, pp. 194-195.

⁸ Sobre las consecuencias de la deforestación a escala planetaria, en particular la desaparición de las plantas utilizadas como medicamentos naturales y que sirven de materia prima para las industrias farmacéuticas, véase Ortoli P., "Déforestation = danger", *Jeune Afrique* del 26 de diciembre de 2000 al 8 de enero de 2001, p. 174.

⁹ El promedio continental es de 0,52%, desde las tasas más altas en Costa de Marfil (5,2%) y Nigeria (6,9%) hasta las más bajas en Centroáfrica (0,2%) y el Congo-Brazzaville (0,1%). Véase Deng L.A., *Rethinking African Development. Toward A Framework For Social Integration And Ecological Harmony*, Africa World Press, Asmara, 1998, p. 88. Abundando en el mismo sentido, el informe de Greenpeace puntualiza: "Uno de las amenazas más evidentes para las selvas tropicales de África es la proliferación de la agricultura de rozas y la necesidad de nuevos terrenos agrícolas por parte de la población. El argumento es cierto, pero es a menudo utilizado por el sector forestal industrial para ocultar su responsabilidad en la deforestación". Cf. Greenpeace, *Deforestación y pobreza en África tropical*, Madrid, abril de 2000, p. 10.

- ¹⁰ McCarthy S., *África. The Challenge of Transformation*, I.B. Tauris, Londres, 1996, pp. 10-12.
- ¹¹ Ardayio-Schandorf E., "The fuelwood/energy crisis in Sub-Saharan África", en *Sustaining the Future. Economic, Social, and Environmental Change in Sub-Saharan África* (eds: George Benneh, William B. Morgan y Juha I. Uitto), United Nations University Press, 1996, Tokyo, p. 273.
- ¹² Chidi Ibe A., "The Coastal zone and oceanic problems of Sub-Saharan África", *ibid.*, pp. 201-212.
- ¹³ En la opinión de Philippe Engelhard, las reglas del comercio internacional y el pago de la deuda externa favorecen el deterioro de los suelos y la deforestación, pues dicho pago no sólo se hace en dólares sino también en los recursos sacados del medio ambiente. Cf. Engelhard P., *L'homme mondial. Les sociétés peuvent-elles survivre?*, Arléa, París, 1996, p. 139.
- ¹⁴ Faihead J. y Leach M., "Représentations culturelles. Africaines et gestion de l'environnement", en *Politique Africaine* n° 53, París, marzo de 1994, pp. 11-24.
- ¹⁵ Bello W. (en colaboración con Shea Cunningham y Bill Rau), *Dark Victory. The United States, Structural Adjustment and Global Poverty*, Pluto Press-Food First-TNI, Londres, 1994, p. 57.
- ¹⁶ Cf. George S., *Jusqu'au cou. Enquête sur la dette du tiers monde*, La Découverte, París, 1989, p. 247.
- ¹⁷ Harrison P., *Une Afrique verte*, Karthala-CTA, París, 1991, pp. 205-206.
- ¹⁸ Badiane O. y Delgado C., *A 2020 Vision for Food, Agriculture, and the Environment in Sub-Saharan África* IFPRI, Washington, 1995, p. 7.
- ¹⁹ En el año 2000, países como Botsuana, Camerún, Mauricio, Uganda, Benin y Tanzania alcanzaron respectivamente las siguientes tasas de crecimiento: 10%, 7%, 7%, 6%, 5,5%, y 5,2%.
- ²⁰ Cf. Diop M.-C. y Diouf M. (dir.), *Les figures du politique en Afrique. Des pouvoirs hérités aux pouvoirs élus*, Codesria-Karthala, Dakar-París, 1999.
- ²¹ Mbembe A., "Esquisses d'une démocratie à l'Africaine", *Le Monde diplomatique*, París, octubre de 2000, p. 20.
- ²² Brunel S., "Garantizar la protección de las poblaciones: un dilema para la acción humanitaria", en Acción contra el Hambre (ed.), *Geopolítica del hambre. Las hambrunas exhibidas. Informe 2001*, Icaria, Barcelona, 2000, p. 21.
- ²³ En la opinión acertada de Philippe Delmas, en África la legitimidad del Estado no significa nada. Es la legitimidad étnica la que prevalece y justifica las matanzas en Ruanda, Mauritania, Sudán o Angola. Cf. Delmas P., *Le bel avenir de la guerre* Gallimard, París, 1995, p. 173.
- ²⁴ Véase Kabunda Badi M., *Derechos humanos en África. Teorías y prácticas*, Universidad de deusto, Bilbao, 2000.
- ²⁵ Kabunda M., "Impunidad, guerras y legitimidad democrática en África", en *Pasajes* n° 3, Valencia, mayo-agosto de 2000, pp. 15-29.
- ²⁶ Cf. *Le Monde* del 19 de enero de 2001, p. 2.
- ²⁷ Kabunda Badi M., "Medio ambiente y desarrollo: una visión desde África", *Comunidades Autónomas, Unión Europea y medio ambiente* (coord.: Angel G. Chueca Sancho), Centro de Estudios Darocenses, Zaragoza, 1998, p. 43.
- ²⁸ Bourges H., *De mémoire d'éléphant*, Grasset, París, 2000, p. 270.